

ALBERT VIDAL, UNA INQUIETUD PERMANENTE

Cuando un artista logra dominar con absoluta maestría los recursos de su oficio, cristalizar sus esfuerzos en un estilo personal, suele continuar, y con todo derecho, en la parcela que ha descubierto. Eso es algo que vemos a diario en el campo de la pintura, de la música, de la poesía, y también en el de la interpretación. Sólo unos cuantos, muy pocos, son capaces de volver la mirada hacia paisajes nuevos y, con la aportación de la técnica que ya dominan, de lanzarse a una nueva aventura, a la búsqueda de un continente desconocido.

Albert Vidal se cuenta entre esos pocos. Su curiosidad lo lleva a los horizontes más impensables. Cuando ya hace meses que no tienes noticias de él, es difícil imaginar donde se encuentra, qué intereses lo han seducido en aquel momento: puede estar en Bali estudiando la danza del país, o en un cabaret de Zaragoza a fin de conocer las formas más gastadas y decadentes del music-hall, o en el Japón aprendiendo el *butoh* de la mano de uno de los maestros más importantes del género, o en Granada, infiltrándose en los claustros más recónditos del flamenco.

Después será la vuelta a su masía en el Pirineo, los ejercicios al aire libre, la reflexión activa; pues Albert Vidal se expresa con un instrumento del que exige el más difícil virtuosismo: el cuerpo. Lo que puede surgir entonces, constituye una visita a las fronteras habituales del espectáculo: puede ser una danza para ejecutar en una plaza pública, un aperitivo tomado a ritmo de un autómatas del siglo XVIII en la barra de una taberna, o puede ser, como pasó en Vic, la representación de su propio entierro, con esquelas, ataúd, plañideras, cortejo y coche fúnebre. Albert Vidal busca y rebusca, y en esta búsqueda no hay gratuidad alguna: cada nuevo espectáculo es para él, y para nosotros al contemplarlo, un postigo venturosamente abierto.